



## LIX

**N**O son á la verdad nacionalidades todos los pueblos que quieren serlo. Esas sumas de hombres conocidas con el apellido de confederaciones nunca conseguirán lo conseguido por España: identificar tantas razas diversas en superior nación. Así la idolatramos, y no podemos definir esta idolatría, sino calificándola de culto filial. ¡Cuántas desgracias inmerecidas, y cuántas felicidades también, para las cuales no podemos presentar ningún título! Cuando corría mi lejana infancia, sentíame yo poseído por el culto á la santa mujer que me diera la vida y por el culto á España de que cien pruebas tengo ya ofrecidas en mi tormentosa existencia. Y muchas veces, cuando balbu-



ceaba en compendios las páginas más ilustres de nuestra historia, y veía la mirada maternal, atenta, como en éxtasis, al libro y al hijo, yo solía preguntarme allá en las indecisas interrogaciones propias de los niños: Dios mío, ¿qué mérito habré yo contraído antes de nacer para que me hayáis dado una madre tan buena y una patria tan grande? No se puede saber cuánto ama uno á su madre, sino sobreviviéndola, como por ley general se le sobrevive; no se puede saber cuánto ama uno á su patria, sino separándose de ella por proscripción y por fuerza. Todo el planeta es tierra, decía yo en mis destierros; pero no es la tierra cuya substancia llevamos en nuestras venas; toda la atmósfera es aire, pero no es el aire que recogió nuestros primeros suspiros; todo el sol es luz, pero no es aquella luz de la cual llevaremos hasta morir un beso en la frente; todos los hogares ofrecen calor y abrigo, pero no es aquel calor ni aquel abrigo que os dió el hogar santificado por las lágrimas que costaron vuestras vidas; todas las iglesias son una, pero sus campanas no suenan como aquellas que han doblado por la

muerte de nuestros progenitores, ó que nos han traído el Ave María á los labios en la tarde, cuando pliegan las aves sus alas sobre el ramaje y despliegan los astros su luz en el espacio; todas las lenguas son humanas, pero no son aquella lengua de la cual nos hemos valido para decir madre mía y amor mío, con la cual en los labios queremos presentarnos al juicio de Dios; que todos los recuerdos más santos y todas las esperanzas más consoladoras se concentran en el culto á la patria; y toda el alma de la patria en su lengua, legado glorioso recibido de nuestros escritores inmortales, y que debemos, como vínculo sacro, transmitir de generación en generación hasta la más remota posteridad, cual merecen su gloria y su grandeza.

(Del discurso leído en la Academia Española el día 20 de Mayo de 1894 contestando al del gran dramaturgo D. José Echegaray.)